



JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO
Escritor.

Miserables y marginados

No hace falta saltar al Tercer Mundo para darse cuenta de que lo de la igualdad de oportunidades es como una broma, como un fraude que nos quieren colar. Un país debe practicar la justicia social, no la caridad

En teoría, mujeres y hombres nacemos con los mismos derechos y deberes y hemos de poder gozar de una hipotética igualdad de oportunidades para nuestro desarrollo físico, mental y también económico. En teoría.

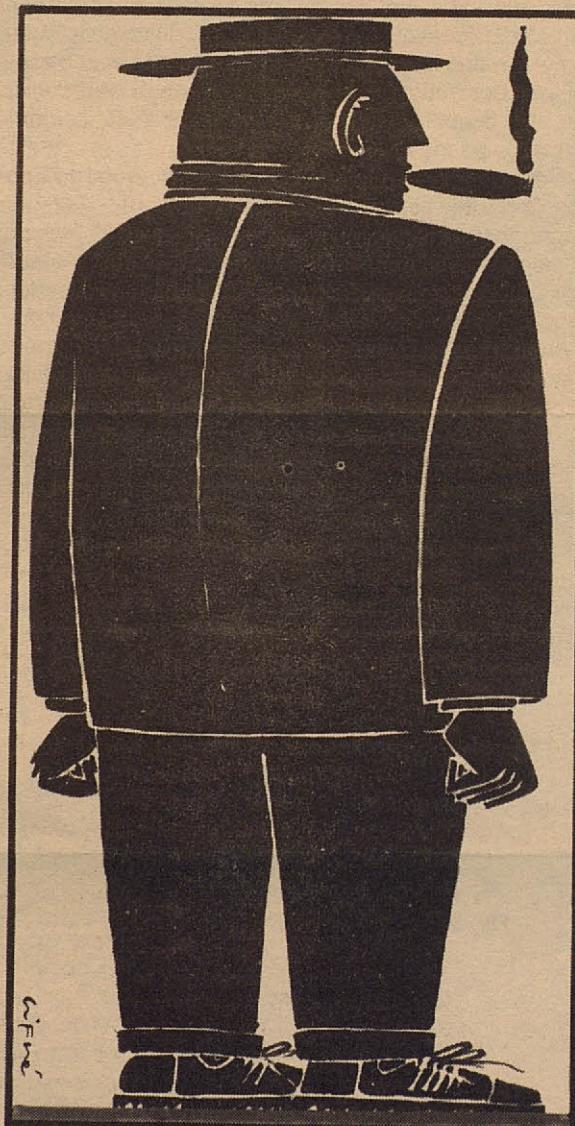
El solo hecho de nacer en Tanzania y no en Suecia hace que las personas, todas, no tengamos las mismas posibilidades de salud, de educación y de trabajo. No hace falta saltar al Tercer Mundo para darse cuenta de que esa igualdad es como una broma, como un fraude que nos quieren colar. También entre nosotros se dan situaciones terciermundistas. Aquí existen miles de hombres, mujeres y niños que no conocen qué cosa sea una vivienda mínimamente digna, que pasan hambre y frío, y que, por supuesto, no saben leer ni escribir.

Hay gente que opina que los marginados se han apartado voluntariamente de una vida normal, que son unos vagos, que no quieren trabajar, que se hacen delincuentes o se vuelven drogadictos porque les da la gana. Pero lo cierto es que la sociedad es la que les ha marginado, que el sistema les ha marginado.

Así de dura es la verdad. Como también es duro oír que los marginados no saben su desgracia, que siempre han vivido en chabolas, que en el fondo son más libres que nosotros, pues no tienen obligaciones y sus necesidades son sencillas y ellos mismos las pueden resolver, y que la prueba es que sobreviven.

Es una auténtica política social la que debe impulsar a nuestra sociedad, obligarla a que se sacrifique sólo un poquito, pagando más impuestos destinados a acabar con las bolsas de miseria y marginación, visibles en todas nuestras grandes ciudades más que en los pueblos, aunque esto no quiere decir que no exista miseria y marginación rural.

La cuestión no es ayudar a miserables y marginados a que puedan se-



uir viviendo. Se trata de que ellos y sus hijos se integren dignamente en la sociedad. Todos debemos hacer un esfuerzo, aunque ese esfuerzo tenga como consecuencia una disminución de nuestros ingresos, pero siempre bajo el obligatorio dictado de que, quien más gana, más impuestos paga.

Nada se resuelve —y una más que milenaria experiencia así lo constata—

con poner en marcha, con la mejor intención posible, las llamadas obras de caridad, como muchas órdenes religiosas y también particulares practican. Piden para dar. Escribo esto porque sé que el que da, o hace, la caridad seguirá siendo una persona con más o menos posibles, pero seguirá comiendo y viviendo, y con la conciencia tranquila, y que el miserable, el marginado, se-

guirá viviendo y muriendo en la miseria.

El deseable desarrollo económico de la sociedad española no debemos pensarlo como un acrecentamiento de la riqueza nacional y basta. Buena parte de tal aumento de riqueza, si es posible toda la que haga falta, debe destinarse a acabar con la miseria y la marginación. Y la mejor manera de acabar con estas vergüenzas nacionales es eliminar el paro y fomentar la educación. El desarrollo económico no es una meta a alcanzar, para después crear empleo y, después de ese después, erradicar las bolsas de miseria. Como mínimo, el desarrollo ha de darse a la vez que la lucha contra la pobreza y su subcultura. A la vez.

Dos imágenes constatables por los que conocen ambos países pueden ilustrar la cuestión. Una ocurre en cualquier gran ciudad de Estados Unidos, el país más rico de la Tierra y en donde reina el capitalismo individualista más salvaje: en sus calles, día y noche, los miserables y marginados son visibles; en todo EEUU se cuentan por millones. La otra imagen tiene lugar en una, en todas las calles de Estocolmo. Suecia es un país socialdemócrata en el que la riqueza está mejor repartida: no se ve, no existen, ni miserables ni marginados, y no conocen lo que sea el paro.

Pero aquí sí. Conocemos, vemos y hasta vivimos todas estas desgracias. Y si no se toman medidas drásticas y obligatorias, si se sigue como hasta ahora, el paro seguirá, el analfabetismo seguirá y la delincuencia seguirá. De nada van a servir las llamadas medidas de reinserción social si, una vez libre, el delincuente constata que no hay trabajo para él. Un país debe practicar la justicia social, no la caridad. El subsidio de paro desaparece cuando desaparece el paro. Ya sé que peor es nada para un pobre; como la limosna que recibían de nuestras piadosas abuelitas. Pero es vergonzante.